

75 aniversario Bachillerato y Licenciatura en Educación Primaria

Jueves 3 de noviembre, 5:00 p.m. (Auditorio Facultad de Educación)

Encontrar una escuela en un pueblo lejano es como encontrar un oasis en el desierto. Más de uno entre nosotros se ha conmovido al reconocer, aún en los lugares más remotos, a niños y niñas de camisa blanca y pantalón o enagua azul. En ellos y ellas siempre se ve esperanza; significa que una familia y una comunidad apuestan, con grandes esfuerzos, por la superación de esa persona mediante la educación.

Para muchas comunidades, la escuela es el centro de las actividades colectivas, el corazón y espíritu de reuniones, de decisiones tomadas en conjunto. La escuela es, sin decir más, el símbolo de la agrupación comunal alrededor de una de las pocas infraestructuras básicas que deben encontrarse en cada pueblo costarricense.

La escuela, donde nuestros hijos e hijas viven sus años más tiernos, es también la representación de una de las instituciones sobre las cuales se fundamenta nuestra democracia, y se trata de la educación. Cada uno de los jóvenes que se encuentra en un centro educativo, desde cuando usan una gabacha celeste de preescolar hasta que se vuelven a vestir de celeste en el colegio, e incluso aquellos que dan un paso más hacia la universidad estatal, personifican la lucha que durante décadas el pueblo costarricense ha dado, por que sus hijos tengan acceso a la educación a la que tienen derecho.

Dada desde los primeros años de reformas educativas en el siglo XIX y que seguimos defendiendo con la reivindicación del presupuesto nacional para la educación, esta lucha se mantiene vigente en aspectos que no se limitan únicamente a disposiciones constitucionales ni legislativas: hoy, luchamos por contar con contenidos educativos integrales, que preparen a nuestros niños y niñas a desenvolverse en ambientes de tolerancia y respeto. Luchamos por disminuir la deserción escolar, para que cada vez más jóvenes vean culminados sus sueños académicos y acrecienten sus posibilidades de movilidad social. Pero también luchamos por contar con más docentes mejor formados, capacitados para cumplir los sueños de todos esos niños, y guiarlos hacia una convivencia democrática en donde ellas y ellos mismos puedan tomar sus decisiones.

Una escuela sin niños se reduce a un edificio vacío; análogamente, un grupo de estudiantes sin un docente capacitado es un grupo de jóvenes sin una guía. He hecho esta amplia reflexión porque el 75 aniversario de la carrera de Educación Primaria merece detenerse en el valor de las y los profesionales que la Universidad de Costa Rica ha venido formando a lo largo de las últimas décadas, precisamente de cara al valor que tienen en múltiples comunidades de nuestro país.

La sociedad costarricense ha expresado nuevas demandas educativas sobre aspectos fundamentales como lo son la formación en valores, la capacidad de convivir con otros y con la naturaleza, la capacidad de aprender y ampliar el conocimiento y la apropiación de las herramientas tecnológicas. En estos 75 años, la carrera de Bachillerato y Licenciatura en

Educación Primaria ha sido trascendental en preparar a nuevas y nuevos maestros de este ciclo, y así gestionar de procesos y oportunidades de aprendizaje que permitan satisfacer las demandas del presente y del futuro del país.

La Universidad de Costa Rica, como ente formador de profesionales en el campo de la educación, debe responder a las necesidades que imperan en el sistema educativo costarricense. Mediante su plan de estudio actual, los proyectos de acción, docencia e investigación que desarrolla, esta carrera parte de la Escuela de Formación Docente promueve cambios sustanciales en el campo escolar.

Requerimos innovar frente a la incorporación de la tecnología en las aulas; de nada sirve resistirse cuando podemos usarla como una aliada en la formación de las niñas y los niños. Requerimos dar mayor realce al desarrollo de las habilidades artísticas y culturales en los escolares, no solo mediante el currículum oficial sino también mediante la sensibilidad que es característica de las y los maestros de primaria. Urge que más adultos tengan alma de niños para sentir su curiosidad, educar con amor y transmitir con respeto el conocimiento, que tanto se multiplica cuando se comparte.

Seguimos con demandas actuales muy fuertes, que requerimos atacar desde los primeros años de educación, pues se visibilizan como deficiencias importantes que los alumnos arrastran a lo largo de su formación académica. Desde la comprensión de lectura y la resolución de problemas en la primaria, encontramos años después a una población estudiantil con escaso desarrollo de pensamiento crítico, producción y contraste de ideas, e incluso carencias en el razonamiento lógico-matemático, cualidades elementales para quienes aspiren a continuar su educación universitaria.

A pesar de que la deserción en Educación Primaria ha bajado, aún tenemos importantes zonas geográficas en donde los niños no terminan el I y II ciclo. Incluso, aún con presencia en las aulas, urge que los docentes atiendan, de forma oportuna y temprana, alteraciones que puedan sufrir los niños. La desnutrición, la obesidad, y otros trastornos físicos o mentales aquejan cada vez más a nuestra población, y no es extraño que nuestros niños las desarrollen. Desde el valor nutricional de los alimentos que consumen, hasta la cantidad y regularidad que ingieren, son aspectos que deben ser notados por nuestros docentes, pues en ellos recae la posibilidad de que sean detectadas enfermedades o situaciones que de otro modo pasarían desapercibidas.

Debemos entender que no solo los docentes tienen la responsabilidad de educar a las personas. Lejos de causar una polémica, traigo a colación un proverbio africano que indica que “para educar a un niño se requiere una tribu”, pues lo comparto: todos debemos corregir, con amor y empatía, desde el hogar hasta la escuela. Pero, sin duda, la labor de los docentes es especial pues ellos tienen la capacidad de ver el comportamiento de los niños, de entender sus angustias y anhelos frente a sus pares, y de sugerir caminos para desarrollar su potencial multidisciplinario. En definitiva, quien desee ser maestro, debe tener un espíritu educador.

Felicito a quienes han mantenido en alto este espíritu y que han luchado por darle a los niños y niñas que estudian en Costa Rica la oportunidad de alcanzar sus sueños mediante el estudio.

Muchas gracias.